

Ronald Daus

LA FASCINACIÓN DE LAS GRANDES CIUDADES FUERA DE EUROPA

A lo largo de todo un siglo se mantuvo en Europa la convicción de que la cima moderna del desarrollo humano se manifestaría exclusivamente en las ciudades más grandes del propio continente.

Del siglo XIII - en breves momentos de admiración perpleja - pudieron ser tomadas en cuenta todavía metrópolis ajenas: la "fantásticamente organizada" Pekín como capital de la China, la "belleza grandiosa" de la ciudad-isla Tenochtitlan, que los conquistadores españoles contemplaron atónitos desde los volcanes de México antes de destruirla, y la "riqueza legendaria" del centro comercial africano Tombouctou.

Sin embargo, cuando a mediados del siglo XIX en una segunda fase de colonialismo ultramarino el globo, por numerosas maquinaciones de soberanía directa e indirecta, quedó totalmente avasallado por los europeos, se eliminó la necesidad de tener que equipararse con otros pueblos. Estructuras urbanas ajenas ya no servían como acicate para el mayor perfeccionamiento de la sociedad. Se suponía haber logrado el auge gracias al propio esfuerzo.

Y de este modo las reflexiones sobre el grado más elevado de la cualidad de la vida y la alegría de vivir, el afanarse por lograr una definición de la "conditio humana" en el ahora alcanzado capítulo final de la historia universal se iban concentrando forzosamente en las capitales de los vencedores. Belleza, ingeniosidad, cualquier tipo de capacidad de invención, todo esto tuvo lugar sólo aquí.

El "Zeitgeist", el espíritu de la época, fue localizado con exactitud. Podía ser comprobado experimentalmente, fotografiado, infinitamente reproducido, disecado y archivado.

Los europeos de las ciudades fueron decretados en su totalidad como "entidad pública" que había de enmarcar las rutas de marcha de las vanguardias. En la filosofía, el arte, la literatura, la música, la arquitectura, en el di-

seño de todos los artefactos cotidianos, tanto como en la proclamación de siempre nuevos niveles de conciencia se ofrecían a condiciones preferenciales las encarnaciones definitivas del desarrollo. Las grandes ciudades europeas - centros industrializados, centros de población diversificados, centros de producción y administración - se tornaron vértice de la capacidad humana de ordenamiento.

De esta manera, se inmovilizaron. Su poder ganó un status fijo. Llegó a comprimirse en una "imagen" fija. Las ciudades se habían convertido en cifras, siempre válidas e inconfundibles. Todo contacto con ellas confirmaba lo sabido de antemano. Se catapultaron más allá de los riesgos del cambio histórico. Pese a las guerras más siniestras, crisis económicas y pérdidas de territorio dominado, "París sigue siendo París", "Berlín vuelve a ser Berlín", "Londres no se deja destruir", "Atenas ha resucitado", "Roma es eterna". Sus relaciones recíprocas tienen la rigidez de rieles de ferrocarril. En París se van amontonando las exposiciones de arte sobre amoríos metropolitanos bilaterales como un cúmulo de actas archivadas: "París-Berlín", "París-Londres", "París-Moscú, Madrid, Viena". En esta red se trata de urdir primordialmente las mallas lo más ampliamente posible para mantenerse insustituible como empalme.

Ciertamente, a comienzos del siglo XX, tomaron la palabra también algunas grandes ciudades fuera de Europa. Las metrópolis norteamericanas Nueva York (para la costa del Atlántico) y Chicago (para las vías acuáticas en los Grandes Lagos) quisieron ser admitidas en los clubs de debate de los europeos. Pero se les abrían las puertas gruesamente acolchonadas sólo porque se entendían como continuación de los impulsos europeos de conquista. Actuaron, ni siquiera frenados por los remordimientos de conciencia de una dificultosa tradición, como fanáticos campeones modernos de la fuerza de voluntad pura. Los rascacielos de la máquina de producción Nueva York sólo multiplicaron la idea arquitectónica europea. Los perfectamente racionalizados mataderos de Chicago podían comprenderse como la unificación de una técnica todopoderosa con la más alta rentabilidad. Así los americanos en su forma más civilizada podían formular intervenciones aprobatorias cuando se trataba de tramas formales para el futuro del universo.

Sólo después de las grandes batallas por la hegemonía en Europa y en el Noratlántico, después de las derrotas inesperadas y la difícil reconquista en el Pacífico, llegó a correr peligro verdadero la exclusividad de la liga de ciudades europeas. En el trayecto de la decolonización de Asia y África surgió por debajo de las antiguas centrales un sinnúmero de centros secundarios.

Provocaron irritación porque se salieron por dos veces del marco. Llegaron a ser demasiado grandes; y fueron demasiado extremos.

Durante el florecimiento del colonialismo europeo las ciudades coloniales fueron la reproducción menor de poblaciones normadas de sus respectivas tierras madres. Ahora, con el desprendimiento político, se descompuso esa unisonancia de la imagen. Se perdió en medio de un súbito proceso de crecimiento. La ciudad de México, concebida por los españoles para un máximo de 15.000 habitantes, acogió después de 1960 dentro de sólo dos décadas primero 3 millones de personas, luego 6, luego 18 millones. El idílico puertecito de Batavia subió como la actual Djakarta a más de 8 millones de habitantes con lo cual su población viene a ser cuatro veces mayor que la de Amsterdam. Alrededor de 1980 de los treinta mayores conglomerados urbanos de la tierra (cada uno con más de 6 millones de habitantes) ya sólo cuatro se encontraban en Europa, pero 17 en Asia, 5 en Latinoamérica, 3 en los Estados Unidos de Norteamérica y 1 en África.

El habitante metropolitano estadísticamente más representativo de la actualidad es un no-europeo. Por regla general alcanzó a vivenciar la transición de su lugar natal de un pueblo a la megalópolis. Habita en regiones urbanas que en dimensiones y densidad de población traspasan en mucho el máximo de datos anteriores en Europa.

Pero las grandes ciudades fuera de Europa se presentaban también como cualitativamente "diferentes". Abandonaron la obligación del "juste milieu" de las grandes ciudades europeas. Allende todo sentido común, planificabilidad, racionalidad y decoro "proliferaban" como la propia naturaleza. "Estallaron como pústulas pestilentes", "levantáronse como tortillas monstruosas". Inundaron valles enteros, montañas, ríos y costas. Explotaron, implotaron, perecieron, volvían a levantarse. En enormes espectáculos de multitudes se masacraban los hombres mutuamente, copulaban a vista y presencia de todo el mundo, daban a luz, sufrían hambre y chillaron de alegría. ¿Que tenían que ver estas creaciones aún con las ciudades europeas, donde - junto a todas las deficiencias indiscutibles - el aspecto grato, el bienestar garantizado y la agitación controlada predominaban? ¿Eran éstos siquiera aún lugares de vida humanamente digna? ¿Erase acaso cosa de aceptar comparaciones, contactos o, más aún, colaboración?

Las primeras reacciones de Europa y de la parte más cercana a lo europeo de América fueron de vivo horror y rechazo. Surgieron visiones apocalípticas con respecto a este "Tercer Mundo". En docenas de películas posteriores al año 1950, tales ciudades inhumanas fueron bombardeadas, incendiadas, arrasadas por terremotos, inundaciones y ataques de dinosaurios altamente tecnificados, convirtiéndolas en ruinas y cenizas. Las catástrofes de las ciudades fuera de Europa tranquilizan el propio sentimiento estético y moral. Más bien se prescindía generalmente de la metrópoli en vez de aceptar una hipertrofia llevada desde fuera. Si, como en la película americana "The Blade-

runner", en Los Angeles en el siglo XXI, la mayoría de los habitantes ya sólo se comunica entre sí en un pidgin mexicano-japonés y si ya no se puede diferenciar a los andróides asesinos del verdadero ser humano, al protagonista rubio y de ojos azules no le queda otra que abandonar su lugar natal y trasladarse al Alasca libre de grandes ciudades.

Pero, ante tales imitaciones malogradas de su más original espacio vital, el terror de los europeos iba decreciendo cuando lograron revalorizar lo urbano. Manteniendo sus antiguas definiciones de gran ciudad aceptaron también las inmensas poblaciones no-europeas como metrópolis de este mundo, siempre que éstas, en repartición laboral, permitían que se les adjudicaran nuevas funciones. Lo "extremo" había de llevar a una *intensidad* fundamental.

Fuera de Europa y sus culturas filiales la envergadura de la vida sería bastante mayor. Los contrastes entre riqueza y pobreza, despotismo e impotencia, ocio y obligación laboral, libre albedrío y disposición ajena se distensaron hasta el punto de romperse. Con ello empero se manifestarían más claramente también los anhelos y las emociones de los hombres: prodigalidad ostentosa, estallidos de odio en el caso de rivalidades étnicas, revueltas de hambre, exacerbantes fiestas orgiásticas y la feroz lucha callejera de cada uno contra cada cual por prestigio y dinero.

Toda capital fuera de Europa tiene sus rasgos peculiares. Las metrópolis europeas tienen que representar su respectiva esencia nacional a través de todo un conjunto de características. Budapest, por ejemplo, es la médula misma de Hungría y de la historia húngara, una ciudad latinoamericana, africana o asiática empero es marcada por una sola curiosidad específica. Ningún foráneo llegaría a considerar Calcuta en primer lugar como símbolo materializado del pueblo bengalí, sino "Calcuta" es la capital de la miseria: un solo slum, un sitio de agonía inaudita, objeto predestinado para el más violento amor al prójimo. Calcuta ha aunado lo normalmente fragmentario de la miseria en un todo intenso.

La especialidad de Lima había de consistir en la ruralización de la ciudad, la incontenible transformación regresiva de premisas urbanas mediante las costrumbres y formas arquitectónicas introducidas por mestizos e indígenas llegados de las provincias. En México se dice que dominan los suburbios en proporción extrema frente al antiguo centro. La disposición singular de Buenos Aires se constituiría por la contradicción de la silueta evidentemente europea de la ciudad y su función como capital de una nación subdesarrollada dependiente del mercado mundial de monoculturas. Y Los Angeles (dentro de los Estados Unidos situada al margen de las ciudades del Este que aún fueron levantadas y funcionaron casi conforme a las reglas) es consi-

derada como aquel municipio donde las vías de comunicación son más importantes que las viviendas y lugares de trabajo unidos por ellas.

La triquiñuela de los europeos de reconocer generosamente el status de metrópoli de las grandes ciudades foráneas, pero de mantener al mismo tiempo, gracias a su cualificación de exponentes de exageración radical, la antigua distancia posicional, condujo a otra oposición clasificatoria no necesariamente pretendida. Lo desconocido o inesperado que se manifestaba en el estudio de las ciudades fuera de Europa adquirió la apariencia de *actualidad* intransigente.

Una vez que los europeos se mantuvieron solemnemente en el pedestal una vez escalado, movimiento, cambio, transformación ya sólo iba aconteciendo lejos de ellos. Las grandes ciudades fuera de Europa comenzaron a desempeñar el papel de representantes del futuro. Con ello, las capitales europeas habíanse convertido en meros puntos de referencia histórica. Mientras ellas seguían canonizando se abrió para los territorios fuera de Europa la libertad de volverse creativos.

Casi contra su voluntad comprobaron los europeos con expresión aprobatoria que se estaba dando un quiebre de época entre ellos y los otros. Los no-europeos sobrepasaron, especialmente en los años 50 y 60 del siglo XX, mediante acciones convincentes las cavilaciones europeas.

Los puntos de partida eran sumamente dispersos. Así iban desarrollando habitantes de Dakar, Abidjan y Accra métodos de reutilización de materiales desechados, en los cuales el producto final resultó más útil y estéticamente más impresionante que el modelo: una maleta fabricada de latas de conserva, decorada con un león color bilis, era más resistente y más a prueba de agua que una maleta de cuero, era menos propensa a que se le hiciera saltar la chapa, y, más allá, era reconocible obviamente como propiedad personal. En Lagos se hicieron combinaciones tan inusitadas de bienes de civilización importados que triunfaron incluso sobre los más osados ensamblajes de Nueva York: sobre tumbas de jefes de tribus, llenas de cadáveres auténticos, se habían instalado estatuas de cemento armado, sentadas sobre tronos asimismo de cemento armado y protegidas por quitasoles también de cemento armado, mientras que velas navideñas eléctricas multicolores colocadas en torno a su cabeza proclamaban de que al menos Jesús vivía aún. En Río de Janeiro se formó un ambiente de homosexuales de tal descaro como no lo hubo desde tiempos de la Atenas antigua y del Damasco de los Umayyadas; incluso París y Roma llegaron a importar "maricas" brasileñas. En Montevideo, Buenos Aires y São Paulo el sueño europeo de una revolución mundial real fue reemplazada por la invención melodramática de la guerrilla urbana. Y el estridente "folklore urbano" de músicos de Soweto cerca de Johannesburg, del "Barrio" de Nueva York, del "Filipino Rock" de Manila y los cantos

"Rais" del París árabe arrasaron con todas las lascas definiciones de música folklórica del mundo envejecido.

Europa apenas aprovechó tales impulsos de África, Latinoamérica y Asia para dejarse inspirar a intentar nuevos experimentos. Se había conformado con delegar el presente. Saboreó experiencias que ella misma (ya) no quiso pasar. El caos y sus consecuencias potencialmente constructivas la remitía generalmente al radio de acción de los otros.

A causa de este foso histórico mundial de fricción entre estática y dinámica parece haberse hecho posible una disputa recíproca explícita. Se trata acaso de un único momento de balance que había que aprovechar. En el lado europeo se mezcla la arrogancia con un nuevo desprejuicio, y el orgullo por lo logrado con la impotencia de continuarlo con la misma rapidez. Del lado de los ex-colonizados y decolonizados los resentimientos por el pasado despotismo se mezclan con el de un nuevo sentimiento de preponderancia; y el temor ante las antiguas escalas de valor propias es combatido por una impertinencia sin raíces locales.

Si uno de los instrumentos de subyugación más efectivos de los europeos fue su disposición incansable de interpretar categóricamente formas de vida ajenas, entonces finalmente los interpretados también pueden participar en este certamen de las caracterizaciones más certeras. La imagen de ciudades no-europeas se convierte en un proyecto común de todos los creadores de estereotipos. El enlace de las perspectivas contradictorias fue logrado gracias a una objetivación precisa de un sinnúmero de expresiones subjetivas. Los representantes - generalmente autonombrados -, "voceros", de su cultura, formulan incesantemente las directivas, la urdiembre, los motivos y los valores emocionales de su respectiva ciudad.

Desde Europa historiadores, urbanistas, expertos en medios de comunicación, corresponsales extranjeros, guías de turismo, cooperantes, diplomáticos y gerentes de sucursales de bancos y grandes empresas confeccionan sus estudios, papeles estratégicos, features, solicitudes de proyectos, evaluaciones y ofertas de cooperación, hasta que todo esto se condensa en las exteriorizaciones de una ciencia regional aislada, la orientalística, latinoamericanística y africanística. Allende Europa y sus satélites, los periodistas nacionales, teóricos, políticos locales, especialistas en relaciones internacionales, subsidiarios profesionales y acróbatas de supervivencia por su parte exponen sus comentarios aclarativos y propagandísticos, sus tratados acusativos y justificativos - y también estas fijaciones son dotadas de una forma estilizada: en crónicas, poemas, cantos, dramas, películas, videos, instalaciones, telenovelas, comics, coreografías y partituras de los artistas africanos, latinoamericanos y asiáticos.

Estos productos de la comprensión son tan obviamente presentes que se tornan hechos concretos. Su aparición masiva impide crasos actos arbitrarios en la selección. Todo elemento múltiplemente aceptado adquiere un indiscutible peso propio. Y de esta manera también tales clichés permiten ser sometidos a la exigencia de objetividad del registrado y de la valorización científicos.

La base para la comprensión de la naturaleza de las grandes ciudades ya no necesita fundarse exclusivamente en lo observado en concreto y supuestamente sin prejuicios; las autoapreciaciones de los propios habitantes determinan asimismo los resultados de la investigación. La acentuación externa de diferencias de estructura e historicidad es relativada por un legajo de preferencias de los afectados.

Semejante discusión bipolar puede llevar a reacciones muy distintas. Surge, por ejemplo, una marcada discrepancia. Los mediadores locales reaccionan ante los europeos que, una vez más, quieren obligarlos al contacto, con la afirmación de que todos los que no han tenido que abrirse paso en esta ciudad son incompetentes, semi-ciegos, imperialistas culturales, meramente aburridos de su propia sociedad decadente. O bien, los interlocutores no-europeos están de acuerdo con dejarse requisar. Las dependencias históricas, políticas, económicas y culturales sirven siempre aún espléndidamente para asegurar la posición hegemónica de los intelectuales dentro de su sociedad.

Además, pese a la estima mutua, se llegan a constatar muy determinadas discrepancias "típicas". La imagen externa de una ciudad es colocada como una lámina sobre la propia imagen. Alrededor del núcleo denso de la concordancia se evidencian desavenencias, bordes deflecados, rupturas en algunas partes, islas más allá de la concordancia. Llega a ser evidente que cada uno de los diferentes intentos de explicación tiene lagunas, que en situaciones determinadas no comprenden en absoluto lo que otros reconocen y que no quieren percibir problemas como tales.

Y esa tierra de nadie, todavía no colonizada hasta el exceso, no explotada ni socavada, mal construida, fotografiada, espiada, declarada monumento nacional, de la interpretación de una ciudad parece ser lo que recién convierte una urbe en una "ciudad mundial" soberana.

Los hombres siempre están fascinados por lo que no alcanzan a calar del todo. Lo que atrae es justamente este resto de lo inexplicable - y particularmente la pregunta de por qué en resumidas cuentas es inexplicable. Pongámonos entonces, conscientes de nuestro deber como científicos, escritores, cineastas, músicos y coreógrafos a la tarea de despojar de la fascinación el objeto de nuestras investigaciones. Buscamos la satisfacción de nuestro afán de saber, repudiando con actitud valiente nuestro personal principio de placer.

Pero quizás queda la esperanza de que al analizar precisamente las grandes ciudades fuera de Europa se pueda hacer por otra parte un descubrimiento de lo más exitante. Nos veremos confrontados con una simultaneidad arrolladora de variantes probadas de comprenderse a sí mismo como un ser humano y vivir a las anchas su existencia. En la situación más móvil y rica en facetas que jamás existiera sobre nuestro globo, cada hombre y cada mujer dentro y fuera de Europa tiene teóricamente la chance de elegir para sí lo personal y socialmente adecuado. Se ha dado prueba de que es posible acoplar normas de origen y orientación totalmente diferentes, eludiendo con ello la fijación histórica y las reglas tradicionales y oficiales. Si bien de hecho tales decisiones sólo le caben a una ínfima minoría, la realidad de las grandes ciudades enseña que son factibles. La conciencia de derechos humanos presupone siempre la comprobación de su existencia efectiva.

En caso de que logremos formular de modo más preciso y convincente de qué manera las actuales poblaciones gigantes funcionan *pese a todo*, al menos se dibujarían las condiciones previas más primordiales para un general anhelo de supervivencia. Si los por nosotros inventados escenarios de lo extremo, lo intenso, lo ingenioso, lo sorprendente siguieran conservando validez por un tiempo, podríamos acomodarnos con mayor seguridad también dentro del caos de comunidades sobredimensionales.

Nos deseo a todos mucho placer en una discusión (casi) sin límites sobre nuestro papel como definidores de y definidos por ciudades.